AÑO XXI.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

NUM. 41.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,
BELLAS ARTES, NOVELAS, MÚSICA, CRÓNICAS, COSTUMBRES Y LITERATURA.
Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
DIRECTOR PROPIETARIO: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
Al que reuna seis suscriciones se le dará una gratis.

Sumario.— Bolsillo de crochet.— Dibujo para sobrepuesto.— Cuello de piqué.—Casquete para hombre.—Taburete de piano ó cogin redondo.—Galería de mujeres célebres.— Explicacion del grabado de modas.—El ciego de los valles.—Llegada á Cádiz y estancia de S. M. y real familia. —Explicacion del figurin. — Adververtencia.— Solucion del geroglífico anterior.—Charada.

Bolsillo de crochet.

MATERIALES.—8 gramos de torzal de seda blanca: 2 de idem rosa; 2 idem verde; 4 de hilillo de oro; cuentas negras; borlas grandes y pequeñas; cascabelillos de seda ; 2 anillos.

Este bolsillo se hace con seda blanca, en parte calado y en parte con puntos apretados; sobre estos se halla un salpicado de capullos de rosas, con una orla de oro. Puede hacerse tambien de seda negra. Dos dibujos representan este salpicado.

Principiase por el borde cuadrado; se arman 125 puntos, se une el último al primero, y se hace la 1.ª vuelta con puntos apretados. Con la 2.ª comienza el salpicado, que se hace con arreglo al dibujo n.º 3. El n.º 1, que representa el bolsillo concluido, indica cómo ha de continuarse y terminarse el salpicado, mientras que este se hace, las hebras de seda de diversos colores quedan por el revés de la labor sin cortarse; en el curso del dibujo, cuando se cambia de seda, es menester que el último punto de color anterior se haya terminado del todo, de modo que el último punto encarnado se prolongue en el punto verde que le sucede, y asi sucesivamente, lo que da á la labor cierto jaspeado.

N.º 1.—BOLSILLO DE CROCHET.

Despues de haber hecho la orla que va sobre salpicado (igual á la de debajo de él), se hacen 2 vueltas de puntos sencillos apretados con seda blanca. En seguida se comienza la parte cálada, que es toda de la misma seda, y para la que se hacen alternativamente 2 puntos sencillos,—2 en el aire, bajo los cuales se pasan siempre 2 puntos de la vuelta anterior. Estos calados son encontrados en las vueltas siguientes, de tal modo que el 1.º de los 2 puntos sencillos se halle siempre sobre el 2.º sencillo de la vuelta anterior; lo cual forma listas al sesgo, alternativamente caladas y tupidas. — Debajo de la tira con el salpicado, se hacen 40 vueltas de ida y vuelta para formar la abertura, —despues 22 en redondo, siempre caladas. En la última de ellas se menguan aquí y allá 5 punto, en todo, á fin de que el segundo salpicado se haga sobre 120 puntos. Antes de comenzar el salpicado se introducen los dos anillos, los cuales son un poco ovalados, y de pasamanería de oro, de seda rosa y de verde. Pueden hacerse de metal.

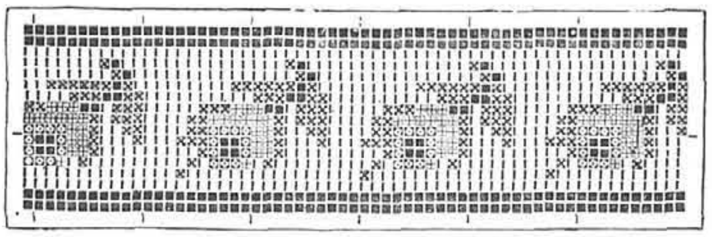
El salpicado se hace sobre el dibujo n.º 2, comenzándolo, no por el tallo, sino por la punta de los capullos. Despues de haber hecho la segunda orla de hilillo de oro que termina el salpicado, se hace con seda blanca una vuelta de puntos sencillos apretados, despues 19 vueltas caladas, como se ha descrito.

Despues de estas 19 vueltas, se trabaja con la seda blanca y el hilillo, y se empieza el menguado para redondear la extremidad del bolsillo. Se hace primero una vuelta calada, pero solo 1 pun-

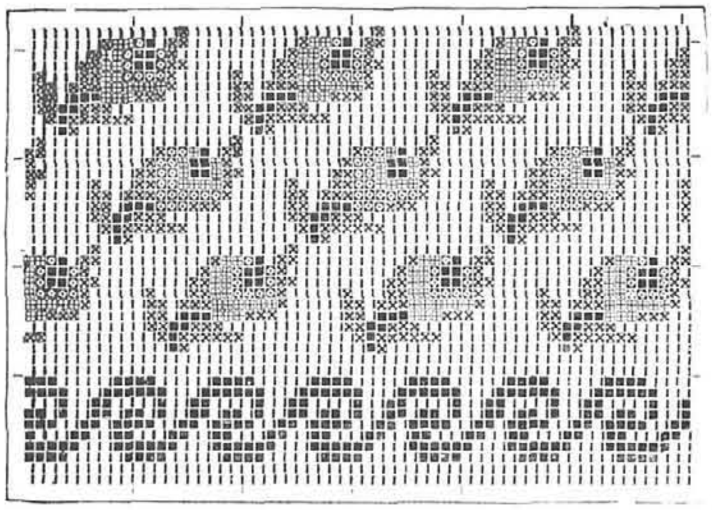
© Biblioteca Nacional de España

lo en el aire, bajo el cual se pasan 2 de la vuelta anterior. Además el primero de estos puntos sencillos se hace en todas partes con hilillo de oro; en la vuelta siguiente, hecha tambien con seda blanca é hilillo, despues de 2 puntos sencillos se pasa siempre uno de la vuelta anterior, de modo que el punto de oro de la vuelta anterior aparece siempre atrasado en un punto; así se han menguado en estas dos vueltas 60 puntos. En los 60 restantes se hace una especie de estrella de oro, cuyas ramas se estrechan hácia el medio.—Estos 60 se dividen en 10 partes iguales, y sobre los 6 que componen cada una de ellas se hace: * un punto igual en otro blanco de la vuelta anterior,—8 con cordoncillo de oro, en los 5 siguientes; vuélvase á comenzar desde *.—El hacer estos 8 en los 5, consiste en que siendo muy fino el hilillo, el objeto disminuiria si no se hiciera así.—En cada una de las vueltas siguientes, se pasa el primer punto hecho con el cordoncillo, mientras que el 1.º blanco debe encontrarse siempre rectamente encima del blanco de la vuelta anterior; así se hacen 8 vueltas, despues se cierra la pequeña abertura con puntos blancos.—Los dos bordes del lado cuadrado se reunen por una vuelta de puntos sencillos, colocando el principio de todas las vueltas en un mismo lado. La abertura se orla con festoncitos hechos con el cordoncillo de oro, para los cuales se hacen: * 4 bridas en un mismo punto,—un punto en el aire,—uno sencillo,—uno en el aire y así sucesivamente, volviendo á comenzar desde *.

Se adorna el bolsillo con borlas; las 7 pequeñas se hacen de seda blanca, y la parte de arriba rosa y oro; tienen 4 centímetros de largo, y terminan en una cuenta negra, en un cascabelillo y en otra cuenta negra; en el lado redondeado se ponen 3 borlas, de 6 centímetros; una es verde, otra rosa y la 3.ª blanca. Todas rematan en cascabelillos.



N.º 2.—SALPICADO DEL BOLSILLO.



N.º 3.—SALPICADO DEL BOLSILLO.

Explicacion de los signos.—■ Cordoncillo de oro. ǀ Seda blanca. × Seda verde. ⊞ Seda rosa. ⊡ Seda rosa mas oscura.

Dibujo para sobrepuesto.

Servirá para diversos usos. Ejecutado en tul, con aplicaciones ó sobrepuestos de muselina muy fina, podrá colocarse como volante en un trage de tul, ó para manga interior. Podrá tambien servir para un alba ó un mantel de altar, y entonces será bien poner el tul doble y hacer el sobrepuesto de batista.

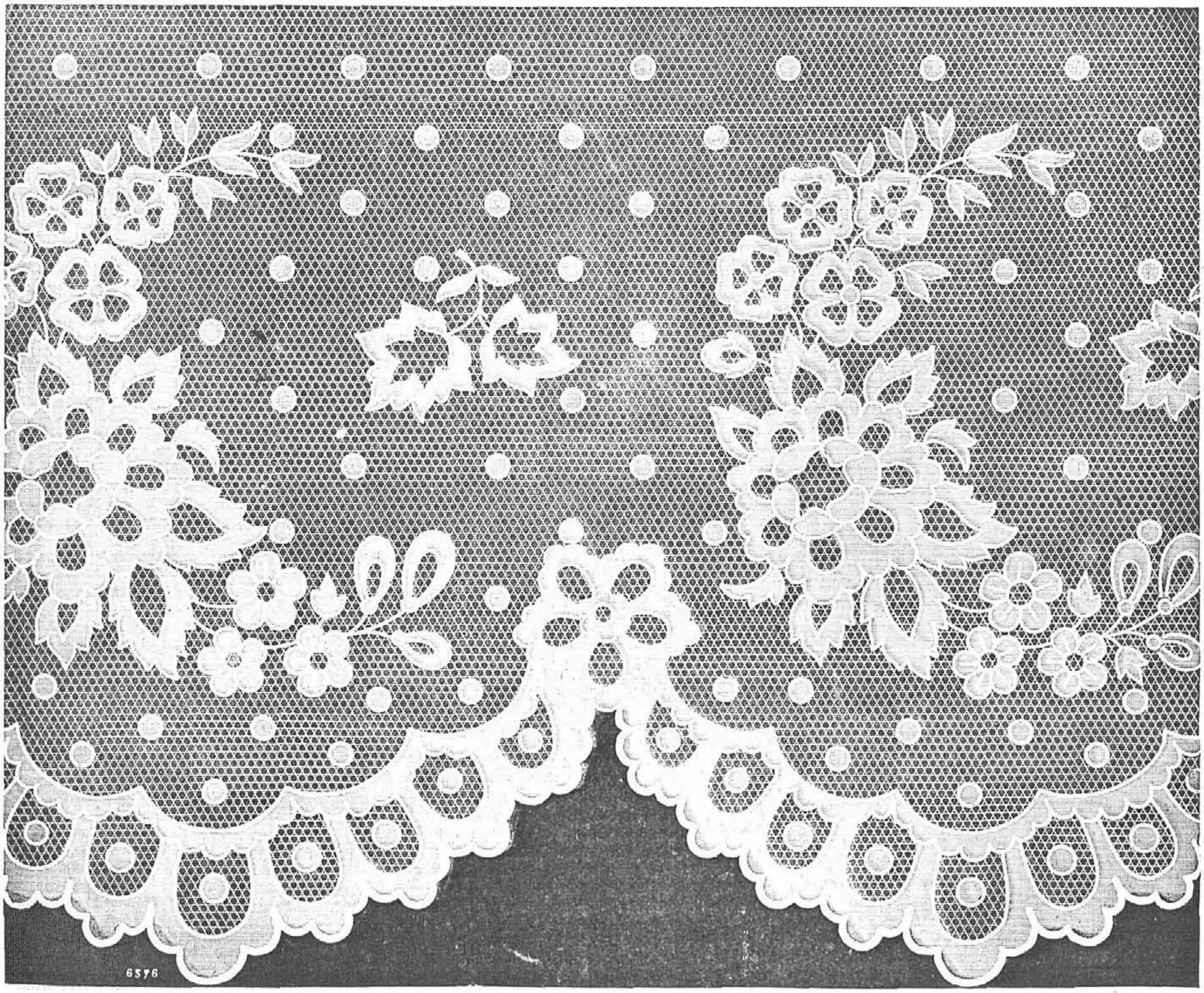
Si se quiere hacer con este cuello un adorno sencillo y lijero, se le hará enteramente de muselina blanca; las tiras se harian con una puntilla de guipur, en la que se pondria terciopelo negro estrecho.

Cuello de piqué.

El fondo, estrecho, de piqué blanco, está rodeado por todas partes con una tira al sesgo de muselina de color, asegurada por una costura pespunteada; debajo de esta se cosen los festones,—despues una tira de muselina estampada,—y así sucesivamente copiando el dibujo.

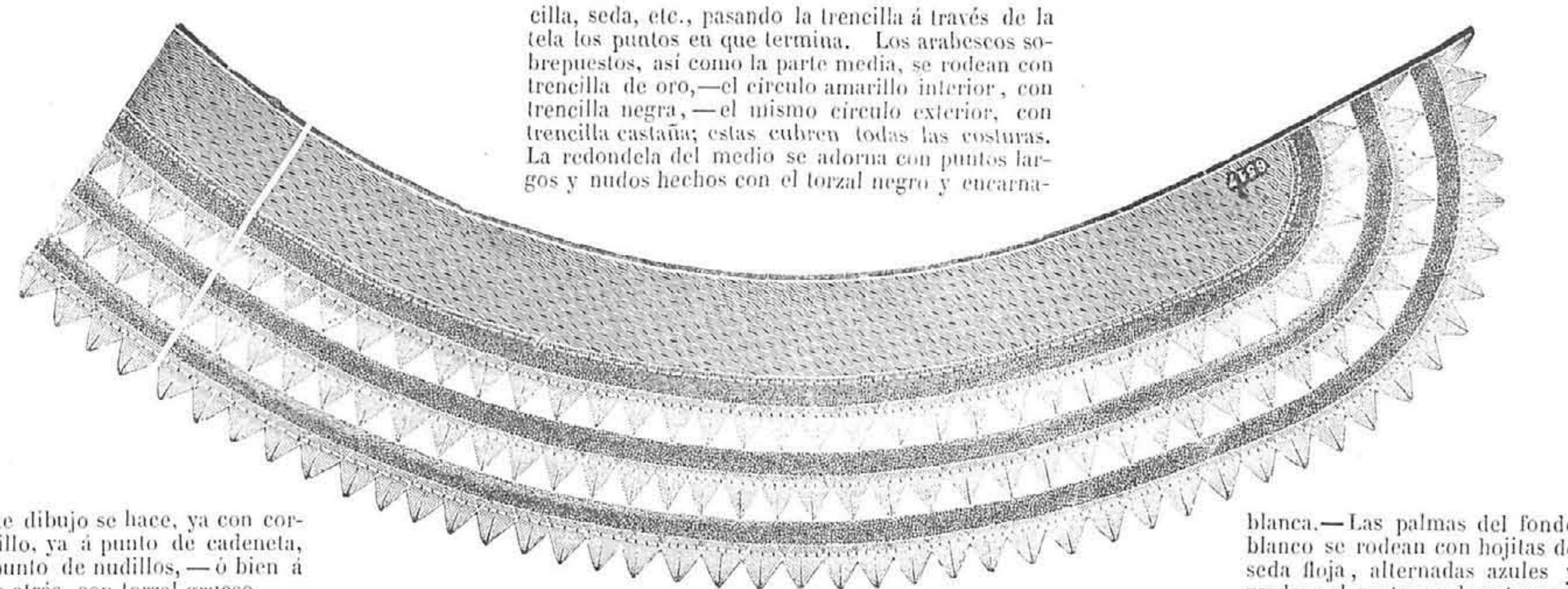
Casquete para hombre.

MATERIALES.—Terciopelo, paño ó cachemira; trencilla ó torzal de seda grueso.



DIBUJO DE SOBREPUESTO.

© Biblioteca Nacional de España



CUELLO DE PIQUÉ.

Este dibujo se hace, ya con cordoncillo, ya á punto de cadeneta, —á punto de nudillos, —ó bien á punto atrás, con torzal grueso.

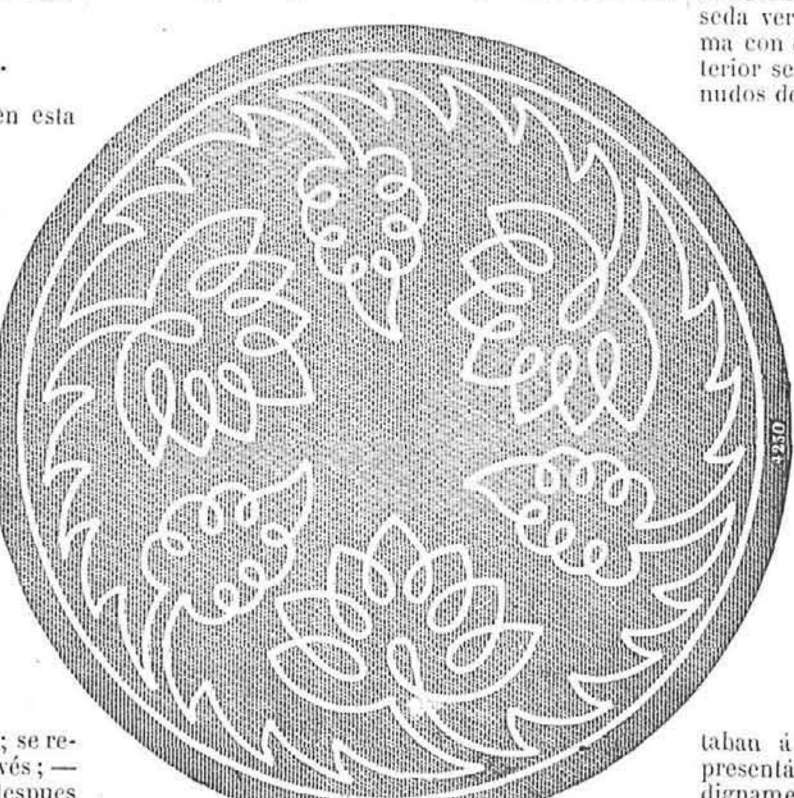
El borde debe tener el largo necesario para rodear la cabeza. Nuestro dibujo indica el bordado del fondo, no el fondo mismo, que debe cortarse con arreglo al borde. El casquete se hará de cualquiera de las telas dichas, de color oscuro; la trencilla ó la seda serán de color del corte, —ó bien de trencilla de oro; se forra con badana ó con tela de seda; en este caso se pone junto al borde una tira de badana de 2 á 3 centímetros de ancho. En el centro del fondo se coloca una borla larga de color adecuado.

Taburete de piano ó cogin redondo.

Los diferentes trozos de tela que componen esta labor están sobrepuestos, fondo y dibujo, en percal blanco tenso en un bastidor. Para que la explicacion sea mas clara hemos añadido un dibujito en el cual están señaladas con números las diferentes telas, representadas sin adornos, los que se ejecutan despues de haber reunido y aplicado los pedazos que componen el fondo. Estos se cortan en paño fino, y despues se cosen unos á otros, de modo que su revés descanse sobre el percal; el dibujito señala con el n.° 1 al color amarillo,—el n.° 2, encarnado,—n.° 3, negro,—n.° 4, blanco,—n.° 5, el fondo azul del medio.

Los sobrepuestos del fondo se recortan en cachemira; la redondela del medio azul y naranja;—las flores que la rodean alternativamente encarnadas y negras. Sobre cada una de las 6 partes blancas del fondo se ponen 3 palmas; la del medio encarnada,—las de los lados azules. En cada parte encarnada de aquel, se pone un arabesco blanco. Para recortar estos adornos se calcan sus contornos en papel blanco; se recortan, se pega el papel con goma por el revés;—cuando está seco, se recorta la cachemira, despues se pegan los adornos en su sitio.

Preparado estos, se añaden los detalles de trencilla, seda, etc., pasando la trencilla á través de la tela los puntos en que termina. Los arabescos sobrepuestos, así como la parte media, se rodean con trencilla de oro,—el círculo amarillo interior, con trencilla negra,—el mismo círculo exterior, con trencilla castaña; estas cubren todas las costuras. La redondela del medio se adorna con puntos largos y nudos hechos con el torzal negro y encarnado; las hojas tienen unas venas de tres ramas, que se hacen con seda encarnada las negras, y al contrario las encarnadas. Los demás adornos del fondo azul se hacen con cordoncillo de oro en los hierros de lanza, y con seda blanca lo demás. El círculo amarillo interior se adorna en el medio con trencilla grosella;—los nudos se hacen con seda blanca.—Las palmas del fondo blanco se rodean con hojitas de seda floja, alternadas azules y verdes; el contorno de estas con torzal negro. El dibujo interior de las palmas es de trencilla rosa sobre las azules,—lila sobre las encarnadas; su punta superior se adorna con cordoncillo de oro y nudos de seda lila. En el medio de la parte negra se hace una costura á punto de espina con torzal encarnado; á cada lado de esta se cose trencilla verde; en cada punta de las curvas descritas por el fondo negro se hace una estrella con torzal blanco, amarillo y lila. Los arabescos blancos se adornan por dentro con trencilla lila y nudos de seda verde; por fuera, á cada lado, se hace una rama con cordoncillo de oro. El círculo amarillo exterior se adorna en el medio con trencilla azul y nudos de torzal negro.—Antes de quitar la labor del bastidor se pasa por detrás una disolucion de goma.



FONDO DEL CASQUETE PARA HOMBRE.

GALERIA DE MUJERES CELEBRES.

COLECCION DE LEYENDAS BIOGRAFICAS ESCRITA POR LA SEÑORA

D.ª M.ª del Pilar Sinués de Marco.

(Continuacion.)

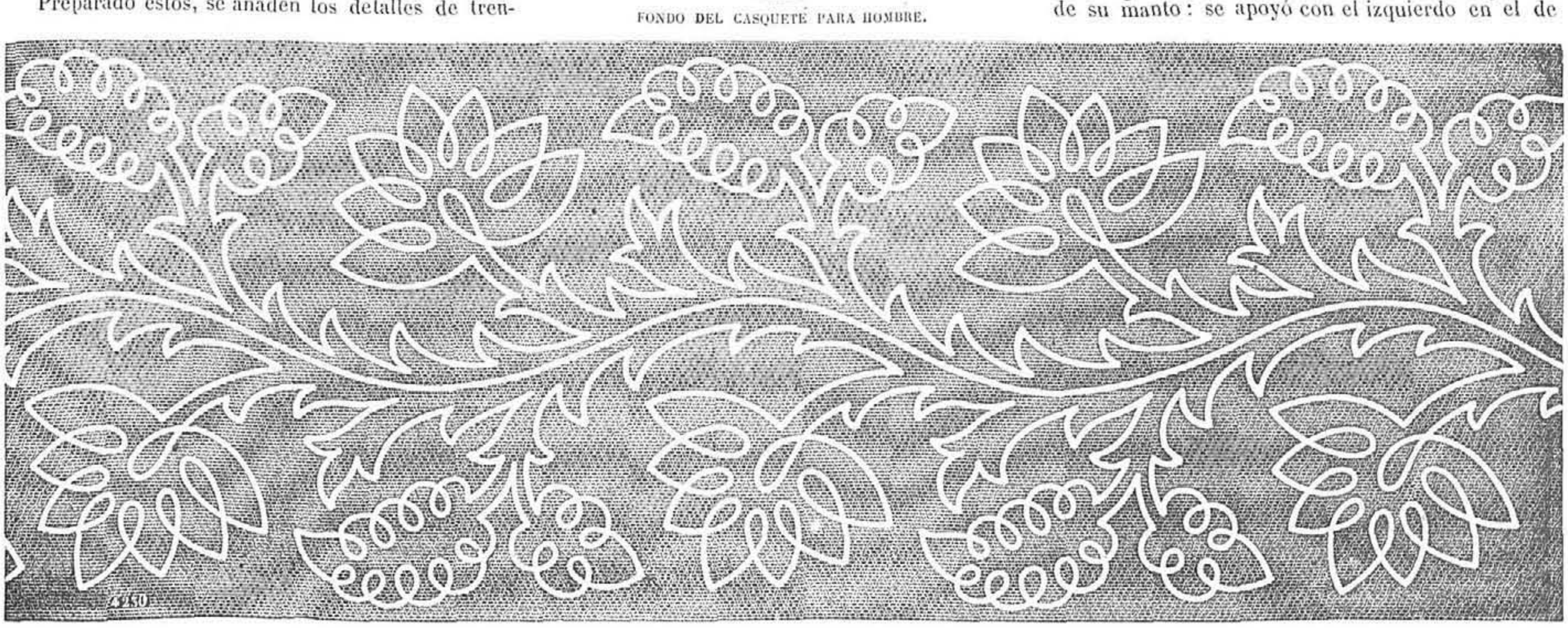
(Véanse nuestros números 27 y 31.)

La condesa de Salisbury se encojió de hombros: una de las damas echó sobre los de María un manto forrado de pieles y dos pages aparecieron casi al instante con dos hachas de cera en la mano.

—No os incomodeis, aya mia, dijo María á la anciana condesa. Miss Seymour y dos de estas señoras me acompañarán.

Esto diciendo salió de la cámara: los centinelas de la guardia interior, que estaban á la puerta de sus habitaciones, la saludaron presentándole las armas y ella correspondió noble y dignamente inclinando su peregrina cabeza rubia.

Recogió despues en su brazo derecho la larga cola de su manto: se apoyó con el izquierdo en el de



ORLA DEL CASQUETE.

© Biblioteca Nacional de España

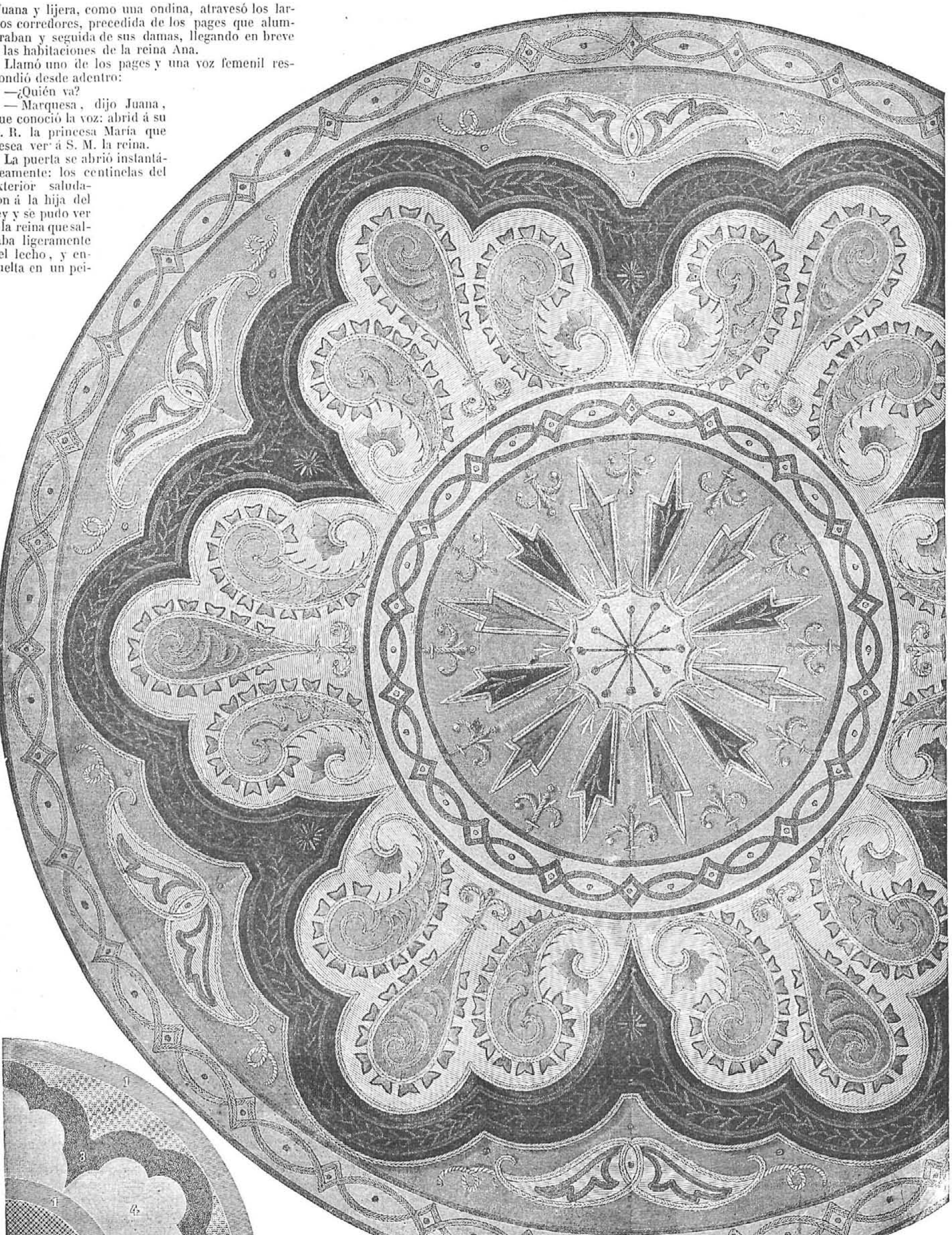
Juana y lijera, como una ondina, atravesó los largos corredores, precedida de los pages que alumbraban y seguida de sus damas, llegando en breve á las habitaciones de la reina Ana.

Llamó uno de los pages y una voz femenil respondió desde adentro:

—¿Quién va?

—Marquesa, dijo Juana, que conoció la voz: abrid á su A. R. la princesa María que desea ver á S. M. la reina.

La puerta se abrió instantáneamente: los centinelas del exterior saludaron á la hija del rey y se pudo ver á la reina que saltaba ligeramente del lecho, y envuelta en un pei-



EXPLICACION DE LOS COLORES EMPLEADOS EN EL TABURETE DE P ANO.

TABURETE PARA PIANO Ó COGIN REDONDC.

© Biblioteca Nacional de España

nador; esperaba en pié y de frente á la puerta la entrada de la princesa.

IV.

Ana estaba aquella noche pálida y decaida, pero por lo mismo mas bella. Sus cabellos negros caian en largas trenzas sobre su ropage blanco y sus grandes ojos de azabache estaban velados por sus larguisimas pestañas.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

VESTIDOS PARA CAMPO Ó BAÑOS DE MAR.—Trage de piqué blanco adornado con una ancha tira de piqué lila, que sube por delante de la enagua, cuya tira se borda de trencilla negra, y se rodea con un escarolado de tafetan negro. El corpiño, con faldetas, tiene un peto de piqué lila, bordado y guarnecido como la tira de la enagua. Las mangas tienen igual guarnicion. Sombrero redondo con jaretas de muselina blanca, adornado con cintas lila.

ENAGUA DE TAFETAN á listas crudas y negras, guarnecida con una tira de tafetan negro bordada de trencilla y rodeada por un rizado de tafetan negro. Chaqueta ajustada de tafetan crudo, con trencilla negra, y el mismo rizado; peto del género de la enagua. Las puntas de abajo de la chaqueta están dobladas hácia fuera, así como las de las mangas, que son abiertas por el codo. Capucha de muselina batista del color de la chaqueta, guarnecida de rizados de tafetan negro. Camisola de buche, bordada, sujeta con un ancho cinturon de tafetan negro.

La voluptuosidad y la melancolía se unian en aquella hermosa mujer y hubiérase dicho que era imposible que un hombre se hastiase de una belleza que hablaba al mismo tiempo al corazon, á la inteligencia y á los sentidos.

Con una dignidad arrogante y tranquila, vió llegar á la princesa y cuando ya estuvo al fin de la larga serie de antecá*maras que pre*cedian á su dormitorio y que abiertas todas presentaban á la vista una inmensa galería, se adelantó hasta el umbral para recibirla.

Cuando llegó á la presencia de la reina, toda la alegría de María se habia *extinguido* de nuevo: un sufrimiento agudo se retrataba en su semblante: allí estaba el verdugo de su madre ocupando la cámara misma en que la habia dado á ella á luz.

Sin embargo, la energía de su carácter venció de nuevo é hizo á la reina una reverencia, sinó muy profunda, muy ceremoniosa.

Ana le respondió con otra y le indicó un sillon dorado para que tomase asiento.

—Es muy tarde, señora, dijo María con sequedad.

—Pero no se sentará un instante V. A.?—preguntó la reina contrariada.

—No, señora.

—Entonces podia haberse escusado V. A. la molestia de venir á verme, dijo la reina volviendo la espalda á la princesa con tanta impremeditacion como falta de cortesía.

María, que era muy perspicaz, advirtió este movimiento y el carmin de la ira vistió sus delicadas facciones; pero una mirada de Juana la contuvo porque aquella mirada encerraba una tierna súplica.

—Señora, dijo evitando siempre dar á la esposa de su padre el título de *Magestad*: señora, no he venido por mi gusto á vuestra cámara.

—Se lo ha mandado acaso el rey á V. A.? preguntó la reina con ironía.

—No, señora, respondió la princesa: debo deciros, aunque os cause alguna pesadumbre, que mi padre no me manda nunca nada: me ha manifestado que tendria gusto en que viniese aquí por conducto de miss Seymour á quien nada puedo negar.

Una súbita palidez cubrió el semblante de Ana, al pronunciar María estas palabras.

Veia ante sus ojos un riesgo grave, inminente y en el cual no habia pensado hasta entonces.

María era adicta á Miss Seymour; á aquella mujer, de quien ella creyó que no debia temer nada y que, no obstante, embargaba completamente, desde su entrada en palacio, la atencion del rey.

—Ah! se ha hecho amiga de V. A. miss Seymour! dijo ensayando una sonrisa, mucho lo celebro, porque es muy buena y amable.

—Mas de lo que vos podeis pensar, señora, dijo María: y luego añadió: siento no poder ver á mi hermana Isabel, pero supongo que estará dormida y yo voy á hacer lo mismo.

Dichas estas palabras, la princesa hizo una reverencia irónica á la reina, y salió de su habitacion.

—¡Quedaos, miss Seymour! dijo imperiosamente la reina al ver que su dama de honor iba á seguir á la princesa: vuestro deber está junto á mí.

—Perdonad, *señora, repuso* María: la necesito yo y mi padre me dijo que podia quedarse á mi lado.

La princesa hizo, al decir esto, una imperiosa señal á miss Seymour para que la siguiese: pero esta, atónita y confusa, miraba *alternativa*mente ya á la reina, ya á la princesa sin saber á quien debia obedecer.

La situacion iba siendo muy peligrosa para la pobre Juana que, dotada de un carácter en extremo tímido, era incapaz de adoptar ninguna resolucion definitiva.

La princesa fué quien puso término á aquella angustiosa escena, apoyándose familiar y amistosamente en el brazo de miss Seymour y saliendo con ella de la cámara real.

La jóven acompañó á María hasta la puerta de sus habitaciones: allí le besó la mano y se retiró, no sin que la niña le recomendase eficazmente que se acordara en el siguiente dia de llevarle los cuentos y las frutas.

Juana volvió presurosa á la cámara de la reina que aun se hallaba de pié, severa y rígida, como si la esperase á ella.

—No necesito de vuestros servicios, miss, le dijo, ni ahora, ni en ocho dias que pasareis encerrada en vuestro aposento; dejadme.

Juana se retiró triste y confundida; preguntábase qué delito habia cometido y por qué causa venia á pagar ella los odios y rivalidades de la familia real.

El rey la buscó en vano al siguiente dia; y nada supo de su arresto hasta que se lo participó la anciana condesa de Salisbury.

La pobre princesa se quedó, pues, sin sus frutas

© Biblioteca Nacional de España

y sin su libro de cuentos, pues el principal objeto de la reina, parecia haber sido separarlas.

Cuando Enrique VIII supo que Juana habia cumplido sus deseos tan pronto y tan bien: que María habia ido aquella misma noche á ver á la reina, y que en premio de aquel servicio, y de conseguir aquella satisfaccion para la vanidad de la reina, esta la habia arrestado, su mal humor tomó todas las apariencias de una furiosa cólera: todos los dias de la prision de Juana los pasó al lado de esta, hablándose los dos en una completa soledad.

La desgraciada reina se hallaba abandonada de su buen ángel: todas las medidas que adoptaba para contener la pasion del rey que cada dia crecia mas, eran otros tantos medios que ayudaban á acrecentarla.

El rey no levantó el arresto de la dama de honor, no porque no hubiese deseado mucho hacerlo, sino porque de aquel modo se hallaba con ella en mayor libertad, pero cuando volvió á entrar de servicio, el rey y ella se amaban mucho mas.

(*Se continuará.*)

NOVELA.

—12—

EL CIEGO DE LOS VALLES.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

(Continuacion.)

—Y á qué viene todo eso?

—Espera: he dicho que el autor de mis dias habia sido espulsado de la corte. Una vez recibió carta de un amigo en la cual se le hacia sabedor de la muerte de su muy amada esposa. En aquel escrito se olvidaron de indicar mi existencia y mi padre desesperado y lleno de dolor, se embarcó para el nuevo mundo, proponiéndose no volver á Europa. En vano le suplicaron que viniese á España. Mi padre permaneció quince años en América.

—Prosiga V. caballero.

—Voy á continuar. Yo habia quedado á merced de mis abuelos maternos que á costa de grandes sacrificios quisieron, y lograron darme una esmerada educacion. Muchas veces habian procurado escribir, indagar por todos los medios posibles, el paradero del esposo de su hija. Mi padre habia dejado de existir ó no habia tenido residencia fija en ningun punto del globo. Nadie nos daba noticias de él.

—Adelante.

—Pero hace siete años, ¡oh! siete años hace que llegó á mis manos una carta que hizo palpitar mis entrañas antes de que yo la pudiese leer. Estaba fechada en Manila y era de mi padre. Entonces habian ya fallecido todos mis abuelos y la mayor parte de mis parientes por lo cual me hallaba pobre y abandonado; habia sufrido mucho á pesar de mi poca edad, y solo una carta como la que acababa de recibir podia devolverme la esperanza y la dicha. Mi padre se habia hecho rico derramando el sudor de su frente, poniendo en accion los tesoros de su inteligencia y de su laboriosidad y en el mismo instante de saber que tenia un hijo, me escribió aquella carta participándome su vuelta á España, que se verificaria tan pronto como pudiese reducir á letras y dinero el capital que poseía.

El jóven dejó de hablar un instante para tomar aliento, ínterin el fingido marqués le dirijia torvas y sañudas miradas. Si hubiera tenido un puñal á mano, de seguro se hubiera arrojado sobre su interlocutor.

Este prosiguió así:

—Al cabo de algunos meses recibi con el mayor júbilo una segunda carta procedente de Paris; luego vino otra de Bayona y con ella una letra de veinte mil reales. Mi padre me ordenaba que saliese á esperarle hasta Burgos. Ah! ¿para qué decir que yo estaba loco de contento? ¿para qué explicar á un hombre que carece de corazon lo que pasaba en el mio, sin embargo de que entónces solo tenia yo quince años?

—Vamos ¿acabarás? exclamó el supuesto marqués rechinando los dientes y juntando sus manos crispadas y descoloridas.

—Acabar? no, no; me queda todavía mucho que decir. En el momento en que recibi aquella tercera carta sali en posta para Burgos en cuya ciudad me detuvo el temor de desobedecer á mi padre. Allí contaba yo los minutos por años de consumidora impaciencia. Esperaba ver á mi padre! á mi padre á quien no conocia y por quien tanto habia suspirado. Y mi padre venia rico, mi oscuridad iba desde luego á trocarse en opulencia... Oh! voy á decirte mas todavía; mis abuelos habian desconocido y hasta casi invalidado el casamiento de los que me dieran el ser, y yo pasaba por un hijo espúreo, bastardo, mestizo; por el hijo en fin, de una mujer que habia vendido su honor por un puñado de oro. Entiendes? Por eso la vuelta de mi padre me lo traia todo: la honra el amor, la posicion, el cariño; toda la felicidad que yo podia entrever en mis sueños de niño y en mis aspiraciones de hombre.

—Y qué sacamos en limpio de semejante relacion?

—Pronto lo sabrás: te he dicho que yo anhelaba con toda mi alma ver á mi padre cuanto antes. Lo que no te he manifestado es que á medida que se acercaba el suspirado momento de mi rehabilitacion me parecia todo aquello un sueño demasiado feliz, por lo cual de vez en cuando me asaltaban los presentimientos mas desconsoladores. Habia yo parado en la mejor posada de Burgos y esperaba con avidez cada vez mas creciente. Era cerca del amanecer y habiame quedado dormido porque hacia tres ó cuatro noches que no entornaba mis párpados. De pronto siento que me llaman y veo junto á mi á un anciano de bondadosa fisonomia, cuyos vestidos chorreaban agua. Estaba nevando y el pobre hombre hacia pocos instantes que habia penetrado en Burgos. Presumí que venia de parte de mi padre y en verdad que no me engañé. Mi padre se habia visto en la precision de detenerse en un pequeño pueblo de la frontera, y antes de penetrar en España me enviaba el único criado que traia de América, ordenándome que en vez de esperarle en Burgos, saliese á recibirle hasta Pamplona. De este modo acortábamos la distancia y nuestra primera entrevista podria efectuarse con mayor prontitud.

A medida que el jóven vizconde del Pino, avanzaba en su relato pintábase en su fisonomia un sello tal de profunda tristeza que cualquiera hubiera creido que iba á llorar. Su emocion, era grande, pero á pesar de ella prosiguió con acento sombrio y con los ojos enjutos y ardientes.

—Sí, sí, mi padre se habia quedado enteramente solo porque era un valiente y mas que todo, porque deseaba estrechar contra su pecho al hijo de sus entrañas. Dentro de tres horas, me dijo el fiel criado, nos pondremos en camino y llegaremos pronto á la capital del antiguo reino de Navarra. Crei que era muy justo que descansase durante aquellas tres horas y dominé mi impaciencia. ¡Pobre de mi! la fatalidad habia dictado el fallo mas horrible y toda mi dicha debia venir á tierra para hundirme otra vez en el abismo de la desesperacion. El criado de mi padre habia pedido un poco de fuego para secar sus vestidos y en el punto mismo en que pensaba tomar algun alimento, cayó inerte junto á mi como herido de un rayo El infeliz era víctima de una apoplegia tan violenta, tan fulminante, que una hora despues habia dejado de existir. En su consecuencia me ví precisado á detenerme un dia mas en Burgos. Mas que un criado de mi padre debia ser un noble y cariñoso amigo. Crei por lo tanto que no debia dejar un cadáver sin que antes de mi partida se le diese la conveniente sepultura...

El jóven se interrumpió y dirijiéndose al pretendido marqués, le dijo con el mas profundo rencor:

—¿No es verdad que todo esto no deja de ser divertido? dí, responde: ¿no es cierto que de semejante historia se podria formar un drama lleno de dolorosas y repugnantes peripecias? Lástima es que todavía no haya parecido por la escena el verdadero protagonista de este drama, y lástima tambien que ese personaje solo sea digno de subir á un cadalso! Pero me dirás que á nada conducen mis digresiones y voy á ser todo lo breve que pueda. Enterrado el cadáver de aquel infeliz, llamé á mi mozo y montamos á caballo dirijiéndonos á Pamplona. Creo haberte hecho la indicacion de que mi padre me habia remitido una letra de mil duros con cuya cantidad me creia un potentado. Si no alquilé un coche, fué únicamente porque no pude hallarlo. El tiempo estaba infernal; pero á mi no me arredraba el tiempo. Lo único en que pensaba constantemente era en conocer á mi padre.

Llegué á Pamplona, indagué, pregunté, inquirí cuanto pude y nadie supo darme razon. Todos mis esfuerzos fueron inútiles, y estando ya convencido de que mi padre no habia entrado en aquella capital, me decidí á continuar mi camino por el valle de Baztan. Mi criado y yo ibamos bien armados y lo único que me contrariaba era el no poder avanzar muy de prisa por el mal estado de los caminos. Por todas partes se alzaba media vara de nieve que cubria los montes, los valles, los árboles y los tejados de los pueblos. Aquello era magnífico y triste á la vez; era un panorama que no dejaba de tener ciertos encantos. Parecia que la naturaleza estaba sin vida y como envuelta en un inmenso sudario, blanco como la cabeza de un viejo venerable.

Inopinadamente, cuando acabábamos de llegar á cierto recodo que formaba el camino, vimos á lo lejos y en contraria direccion de la que nosotros llevábamos, un hombre montado sobre un fogoso bruto que se nos acercaba rapidamente. Me atreví á cobijar la esperanza de que seria mi padre y mi pecho palpitó con violencia. El caballo aquel parecia que volaba; no habia para él obstáculos de ninguna especie y por cada vara de terreno que avanzábamos él ganaba un espacio seis veces mayor. En una palabra; caballo y ginete llegaron, junto á mi, sin que este último se detuviese un instante ni quisiera prestar atencion á las palabras que yo traté de dirijirle. Si hoy hubiese sucedido eso, de seguro que no me faltarian fuerzas ni voluntad para castigar semejante grosería; pero entonces tenia yo quince años y me limité á quedarme parado en medio del camino, contemplando al hombre aquel que seguia siempre á escape sin cuidarse de nada. Por lo demás, aquel viajero no podia ser mi padre, porque su trage, además de humilde, se hallaba en muy mal estado. Lo que si me chocó bastante fué que un hombre pobremente vestido montase sobre un animal tan arrogante que además lucia ricos arneses. Mi criado me hizo observar que el rostro del viajero parecia sumamente turbado. Ahora bien, marqués de Cantolagua, ¿puedes tú presumir quien seria el hombre aquel que caminaba con semejante precipitacion?

Al oir esta pregunta, el marqués trató de sostener con fijeza la penetrante mirada que su acusador le dirijia; mas no siéndole posible conseguir su objeto, dobló su frente pálida y abatida. El jóven se sonrió con desprecio anudando así el hilo de su narracion.

—Nosotros seguimos, seguimos caminando y haciendo preguntas á todo el mundo. En ningun pueblo nos dieron razon y ya comenzaba yo á sentir el frio que se apodera de nuestro ser siempre que estamos al borde de una gran desgracia ó de un peligro inminente, cuando llegamos á un pueblo pequeño de Francia en el cual comencé á recibir noticias de mi padre que en nada lograron atenuar mis lejítimos temores. Mi padre habia estado en aquel pueblo, se habia detenido allí por hallarse un poco indispuesto, y allí, en fin, habia tenido la abnegacion de quedarse solo por enviarme á su criado. Hacia dos dias que se habia puesto en camino con dos españoles que deberian acompañarle hasta Pamplona. Uno de sus guias era tuerto, de bastante edad y se llamaba Geromo; el otro era jóven y de genio taciturno y sombrio. Tales fueron las pocas noticias, que á pesar de indagar cuanto estuvo en mi mano, pude adquirir. ¿No es verdad que eran pocas?

—Sí, muy pocas, murmuró el marqués sin poder disimular la esperanza que las últimas revelaciones de su enemigo le hacian vislumbrar.

—Pero no hay nada que el tiempo no lo descubra; óyeme que quiero continuar. Así como así, el plazo que me impusiste ha pasado, y hoy no podrás comer con ese duque tu amigo.

—Continúa.

—Viéndome desorientado, volví á desandar mi camino llevando la muerte dentro de mi corazon. Mi frente ardia sin embargo de que mil y mil copos de nieve que no cesaban de caer venian á derretirse sobre ella. Estábamos ya cerca del punto en donde habiamos encontrado al famoso ginete, mi criado y yo nos habiamos perdido dejando á cierta distancia el camino real. La ventisca que empezó á soplar nos abrumaba; no sabiamos que hacer; yo me sentia con fiebre y mi criado estaba aburrido. Entonces vimos una casa de pobre apariencia y tratamos de pedir un instante de hospitalidad. Nos acercamos, y en aquel momento vimos á un hombre de trage y apariencia rústica que se hallaba de pié en el umbral de la puerta.

Pero la puerta estaba cerrada y el hombre, que debia ser un leñador de aquellos bosques, nos dijo que los habitantes de aquella casa estaban ausentes. El tio Geromo, añadió, debe estar ahora en Francia con su amigo Roman.

El tio Geromo! Francia!... Oh! aquellas palabras podian encerrar una historia completa de horribles iniquidades. El tio Geromo! Francia! Roman!... Pero ¿quién era? ¿quién podia ser ese Roman?

© Biblioteca Nacional de España

XIII.

LAS PESQUISAS.

Segun podrán suponer mis benévolos lectores yo escuchaba con el mayor interés la negra historia que el ciego nos iba refiriendo.

Entretanto, á medida que avanzaba en su narracion, me parecia ver reproducirse sobre las ruinas de *la casa maldita* aun los mas insignificantes pormenores de aquella historia.

Veamos, pues, de qué manera continuó el ciego que al cabo de otro ligero descanso se esplicó en estos términos.

«El marqués estaba anonadado al oir las últimas preguntas del jóven.

Y este le decia con una especie de complacencia feroz:

—Oh! ya veremos, ya veremos quien era Roman. Sigueme prestando atencion y verás como hay una Providencia infinita que hace descubrir las huellas de los crímenes. Yo habia quedado aterrado al recibir aquel primer rayo de luz y mi criado no lo estaba menos; pero el hombre debia estar muy distraido puesto que no advirtió ni nuestra sorpresa ni nuestro anonadamiento, y tan pronto como cesó la ventisca se despidió y se alejó de nosotros.

Desde aquel dia fijamos nuestra residencia en el pueblo mas inmediato y comenzamos con mas calor, que nunca á reproducir nuestras indagaciones. Desgraciadamente fué poco, muy poco, lo que por entonces pudimos averiguar. El tio Geromo y su amigo Roman, vivian juntos en aquella casa hacia mas de un año, sin que nadie supiese de donde eran ni cómo ni por qué causa se habian conocido. Desde que estuvieron juntos habian hecho fecuentes escursiones al vecino reino, advirtiéndose que la cabaña sufria notables innovaciones y que ámbos vivian con mas holgura y comodidad. Esto es todo lo que pude saber y en verdad que me parecia muy poco. En semejante estado de ansiedad propuse á mi criado que asaltásemos al abrigo del misterio y de las tinieblas de la noche, aquella casa que me infundia las mas negras sospechas. Mi fiel compañero accedió á mis reiteradas instancias, y el dia en que habiamos convenido ejecutar nuestro acuerdo, me presentó una llave que habia mandado hacer, tomando antes en un poco de cera el molde de la cerradura. Llegó la noche y nos pusimos en marcha, bien armados y resueltos á todo; pero á medida que nos ibamos acercando mi valor y mi decision se amenguaban como si fuese á cometer un crimen inaudito.—Valor! me dijo mi acompañante y ámbos penetramos en la casa, pudiendo yo escuchar los latidos de mi corazon que temblaba con espanto dentro de mi pecho. La casa estaba silenciosa y desierta, siéndonos fácil escudriñar todos sus rincones á la luz de las linternas que llevábamos. Luego... luego... ¿para qué prolongar el martirio que sufro al recordar lo que ví? Oh! escúchame; en un lecho que habia dentro de una pequeña alcoba y en el pavimento de toda la casa, descubrimos rastros de sangre. No habia duda de que allí se habia ejecutado algun asesinato y al pensar yo en que aquella sangre podia ser de mi padre, caí desmayado. Mi fiel compañero dió un grito y me sacó fuera de la cabaña para que el puro ambiente que soplaba me refrescase y me diese la vida.

Desde entonces comencé á luchar con un mundo de pensamientos diversos. Deseaba dar parte á la justicia y sin embargo me abstenia de hacerlo porque me parecia ineficaz semejante recurso. Dos bandidos que se habian posesionado de un caudal inmenso podian torcer acaso la pureza de sus jueces y quedar completamente impunes. Por otra parte, yo no tenia pruebas para hacer constar que mi padre habia sido víctima de un asesinato. Finalmente, hallándome en aquella situacion me asaltó la esperanza de todos los desgraciados; es decir, una esperanza loca, estúpida, injustificable, pero que al fin me ofrecia un consuelo. ¿Estaria mi padre en Madrid? ¿habria retrocedido, volviendo á internarse en Francia?... ¿Se habria embarcado, nuevamente para las Américas?

Delirios insensatos! vanas quimeras! yo volví á la corte, viajé y escribí cien y cien cartas. Y entretanto iba trascurriendo el tiempo, habia pasado un año y mi soledad se hacia perpetua. Entonces me propuse consagrar mi vida entera, todos los recursos de mi firme voluntad á la indagacion y á los trabajos de zapa. Entonces me alegré de no haber dado parte á las autoridades; queria ser espía, juez y verdugo; queria gozarme á mi gusto en una venganza sombría como mi dolor, eterna como el odio que me inspiraban los asesinos.

—No has acabado aun?

—Me queda poco que decir; pero esto poco te interesa muchísimo. Al año justo de haber hecho aquellas tristes averiguaciones, volví á los parages solitarios, donde se levantaba la mansion de aquellos infames. ¡Cuál no seria mi asombro al ver que los accidentes del terreno habian variado completamente y que aquel casuco informe y raquítico se habia convertido en un precioso edificio de dos cuerpos, de severa y elegante apariencia? Te confieso que sentí horror y alegria porque indudablemente comenzábamos á dar con la pista de los asesinos de mi padre. Segun me dijeron hacia tres ó cuatro meses que un señor muy grave habia comprado todos los terrenos inmediatos y dirigido la obra de aquella maldita casa en la cual á no dudarlo, se habia vertido la sangre de mi padre. Pregunté el nombre del que habia hecho las últimas innovaciones y nadie supo darme razon. Lo único que pude sacar en claro es que aquel hombre residia en Francia.

Se me olvidaba decirte que yo habia mudado de nombre. Para adoptar esta resolucion guiábame la sola y exclusiva idea de no espantar y levantar la caza; ¿entiendes? Yo queria no despertar las sospechas de los que buscaba incesantemente y por eso en vez de llevar los ilustres apellidos de mis progenitores, me llamaba Luis Henares á secas. Con este nombre y con este apellido pasé á Francia en busca del miserable que sin duda debia ocupar una brillante posicion comprada con los papeles y con los millones que me pertenecian.

Durante cuatro años he vivido en Paris y en las principales ciudades de aquella nacion, cuyos departamentos he recorrido uno por uno; durante cuatro años me he visto precisado á soportar muchas y grandes privaciones porque mi peculio estaba de todo punto agotado. Pero á pesar de todo he podido penetrar hasta en los altos círculos buscando un indicio, anhelando escuchar una palabra que me revelase la existencia de mi enemigo. Suponíale yo con suficiente osadia para tomar el nombre de mi padre, y en verdad que no me engañaba; pero á pesar de eso el miedo le nabia contenido y nunca oí hablar en Francia del marqués de Cantolagua que era precisamente el principal indicio que yo iba buscando.

Volvíame ya desalentado y abatido, cuando en una fonda de Bayona me encontré con un viajero español que al dia inmediato pensaba salvar la frontera. Simpatizamos bastante y nos propusimos volver juntos á nuestro país.—¿Dónde vá V? me dijo.—A Madrid.—Yo tambien, me contestó, pero antes tengo que detenerme algunas horas en mi pueblo. Si quisiera V. acompañarme luego iriamos juntos hasta la costa.—Se halla muy distante su pueblo de V.?—Pocas leguas; deseo ver á mi padre y esta es la causa de mi detencion.—Pues bien, iremos juntos le dije.—Mi nuevo amigo me apretó la mano afectuosamente y al llegar á Elizondo dejamos nuestro carruaje, tomamos cada uno un caballo de alquiler y seguidos de mi criado y de un mozo que conocia todos aquellos valles y montañas, nos encaminamos al pueblo de mi compañero, donde nos detuvimos un dia.

Era el amanecer del siguiente cuando saliamos con direccion á Pamplona. En la última calle del pueblo un pobre viejo flaco y con las lágrimas en los ojos nos detuvo y nos pidió una limosna por amor de Dios.—¡Pobre Pedro Antonio, exclamó mi acompañante sacando una bolsa y queriendo alargársela; pero el mendigo la rechazó exclamando:—¡Nunca! nunca! Luego juntó sus manos en ademan suplicante y prorumpiendo en un mar de llanto exclamó nuevamente:—Santiago! Santiago! Perdóname el mal que Roman te haya podido hacer! Perdónale y perdóname; pero no humilles mi desgracia obligándome á tomar el dinero que acabas de ofrecerme! Santiago, ten compasion de mí!

—¿Con que era Santiago?

—Sí, postizo, marqués; usurpador de mis bienes; asesino de mi padre! Mi compañero era tu antiguo amigo Santiago, á quien heriste con alevosía y que me estuvo contando, casi sin yo pedírselo, la historia de aquel Roman, á quien yo buscaba tan asiduamente. Pero no es esto todo; aquel mendigo era tu padre que habia tenido la suficiente entereza para rechazar, despues de haberse arruinado por tí, despues de haber perdido á su esposa y á sus hijos, las riquezas que tú habias adquirido por medio del robo y del asesinato.

—Oh! por qué no me matas de una vez? exclamó el infeliz Roman temblando de miedo y de rabia; ¿por qué no me matas de un pistoletazo? Hazlo así; yo te lo suplico.

—Matarte! Y piensas que con eso quedaria satisfecha mi venganza? No, no; yo quiero devolverte golpe por golpe, destrozarte el alma, y privarte de todo consuelo. Te he dicho que Santiago me habló de todo cuanto te concernia. Me habló de Celsa, de tu casamiento con ella y hasta me manifestó que teniais dos hijos. Lo único que todavía no pude saber porque tambien Santiago le ignoraba, fué tu paradero.

Tu ambicion, ó acaso la de tu mujer exclusivamente, vino al fin á colocarte entre mis manos. Tu insolencia y la impunidad que gozaste hasta entonces; la carencia de noticias que habia respecto á mi persona y la muerte de todos mis parientes, dierónte audacia, para venir á la corte donde al cabo reclamaste la herencia, los títulos y las consideraciones que habian merecido mis abuelos. Tomaste en público el nombre de mi padre y yo lo supe con feroz alegría porque lo sabia todo, porque tenia entre mis manos el hilo de tu historia, y me era fácil denunciarte; me era dado arrancar la máscara con que cubres tu rostro, identificar tu persona, probar tus crímenes, humillarte, escarnecerte, escupirte y gritar á la faz del mundo, entregándote al brazo de la justicia. Ved á Roman, ved al miserable asesino de mi padre!

Diciendo así, el jóven se habia puesto de pié con el rostro inflamado por la cólera, con la mirada centellante, con la actitud imponente y magestuosa, dominando á Roman, sojuzgándole á su antojo, haciéndole estremecer sobre su asiento en el cual permanecia de todo punto anonadado, trémulo, indeciso y sin fuerzas ni accion para defenderse. Parecia un reo sorprendido por su juez en el mismo instante de haber cometido su crímen.

El jóven cojió su sombrero, se cubrió como si estuviese en su propia casa y acercándose al desventurado hijo de aquella pobre y virtuosa Marta, que debia verse ya en la presencia de Dios intercediendo por él, le habló en estos términos:

—Te he contado ya la serie de mis infortunios; te he manifestado un poco de lo mucho que he sufrido por tu causa y solo me resta imponerte mis condiciones, dictar mi fallo y aplicarte el condigno castigo. A decir verdad, yo creia que ibas á revolverte entre mis pies como un miserable reptil; pero ni aun siquiera tienes fuerzas para ello y esto atenúa mi cólera, si bien no quebranta mi ódio ni aminora el desprecio que me inspiras. Ahora bien, segun he podido colegir, todos tus crímenes los ha motivado el ciego y bárbaro amor que profesas á tu mujer. La expiacion debe comenzar por ahí. Dentro de veinte y cuatro horas tendrás que separarte de Celsa y de tus hijos.

—De Celsa!... de mis hijos!... oh! eso es imposible, imposible, murmuró Roman pasando una mano por su frente y dirigiendo en torno suyo miradas inquietas y temerosas.

—Nada es imposible para mi rencor. ¿No me has separado tú para siempre de mi padre? ¿no vivió este quince años en el ostracismo, sin embargo de que era inocente? Pues bien, tú vivirás otros quince años, solo, pobre y oscuro. Si para entonces has podido, como pudo mi padre, grangearte algunos bienes de fortuna; si has logrado entrar en el camino de la virtud y de la penitencia, entonces... ¿quién sabe? Tal vez puedas desarmar mi justa cólera y esperar un consuelo para tu vejez. Ya estás viendo que mi venganza no es tan sañuda como mereces; que el castigo que te impongo no es ni con mucho semejante al mal que me has hecho.

—Pero yo no te entiendo! ¡Dios mio! yo no sé lo que este hombre quiere de mí!

—Estás en extremo turbado y por eso te parecen oscuras mis palabras. Voy pues, á explicarme con mayor claridad. Dentro de veinticuatro horas, mis fincas, mis papeles, mis joyas, todas mis riquezas, deberán volver á su legítimo dueño. Huirás de la córte, de España, de Europa y fijarás tu residencia en el mundo de Colon, en el mundo donde mi padre vivió quince años. Al cabo de un plazo idéntico tendrás mi permiso para volver á tu patria y para reunirte, si lo crees oportuno, con tu mujer y con los hijos de tu mujer. Firmarás un escrito que traigo preparado al efecto y en el cual declaras todo lo sucedido hasta el presente y las razones que te obligan á apelar á la fuga. Este escrito no saldrá nunca de mi poder, á menos que tú me faltes á lo pactado. Si no me faltas, dentro de quince años te lo devolveré y mi odio se habrá extinguido por completo, mediante la expiacion que te propongo.

—Pero yo amo á Celsa mas que á mi vida y separarme de su lado es asesinarme ¿lo entiendes? es peor que ponerme en las manos del verdugo!

—Reflexiónalo, Roman; dentro de veinte y cuatro horas podré apelar á este último extremo; pero ten presente que una eternidad es demasiado larga, si se compara con un periodo de tres lustros; reflexiona que tu mujer y tus hijos quedarán deshonrados para siempre...

Diciendo así, el jóven sacó de uno de sus bolsillos un pliego escrito, que desdobló poniéndolo sobre la mesa,

© Biblioteca Nacional de España

delante de Roman.

—Firma, firma, le dijo presentándole una pluma; estampa tu nombre, y no provoques la cólera de Dios.

Roman vaciló todavia; probablemente se hubiera dejado matar antes que hacer lo que se le indicaba, si en aquel momento no hubiese fijado sus ojos en un tapiz que se ajitó de una manera bastante perceptible. Despues apareció un instante por detrás de aquel tapiz una inteligente y hermosa cabeza que hizo un signo afirmativo. El tapiz quedó luego como estaba y Roman cojió la pluma y firmó.

—El cielo ha tenido lástima de ti, dijo entonces el jóven guardando el papel que él habia redactado antes; si no hubieras firmado, estaba decidido á levantarte la tapa de los sesos.

Y le mostró un par de pistolas que llevaba consigo.

—Ahora, volvió á decir tras de una breve pausa, te doy licencia para que tires del cordon de la campanilla. Es muy justo que me acompañe un criado hasta la puerta de la calle.

Roman hizo lo que se le decia, y habiendo aparecido un lacayo, dijo con voz insegura y apenas inteligible:

—Acompaña á este caballero.

El vizconde hizo un saludo.

—Hasta mañana, dijo y desapareció.

Al mismo tiempo volvió á levantarse el tapiz y una mujer de soberana y espléndida hermosura, ricamente vestida, penetró en el despacho. Roman la vió acercarse y haciendo un esfuerzo cayó á sus plantas con las manos unidas y los ojos llenos de lágrimas, exclamando en el colmo de su desesperacion y su agonía:

—Celsa! Celsa! perdóname, ten compasion de mi!

(Se continuará.)

LLEGADA A CADIZ

Y ESTANCIA

DE SS. MM. Y REAL FAMILIA.

El deseo ferviente que ha tanto tiempo alimentan los gaditanos se ha cumplido; Cádiz ha visto en su seno á la excelsa Isabel Segunda, á la augusta Reina de España, la ha acojido con todo el entusiasmo de su acendrada lealtad, con toda la galanteria que es proverbial aqui.

Por mas que hayamos de llegar algo tarde en la enumeracion de los festejos con que se ha solemnizado la visita de tan escelsas personas, nuestra mision periodistica nos impone el deber, muy grato por cierto á nuestro corazon, de reseñar cuanto hemos visto, cuanto hemos sentido; tarea difícil y para las que desde luego se prepararon mejores plumas. La humilde nuestra no debe, sin embargo, permanecer ociosa cuando se trata de hechos que tanto enaltecen á la excelsa persona que ocupa el trono español, y que además dan un testimonio solemne de lo que vale nuestra poblacion y de lo que sabe hacer, cuando se vé estimulada por el doble aliciente de su amor á su Reina y del deseo de no aparecer inferior en concepto alguno á otra ciudad alguna de España.

El 26 de Setiembre, segun se habia oficialmente anunciado, debian llegar á nuestros muros SS. MM. y AA. entre tres ó cuatro de la tarde, haciendo su travesia por rio y mar desde Sevilla. Antes de aquella hora se hallaban reunidas en el muelle todas *las autoridades civiles y militares, corporaciones*, y personas que por su categoría tenian derecho á ser invitadas para la recepcion. Ocupaban estas, en grandisimo número, el pababellon levantado sobre una de las escalas del muelle, en una de cuyas habitaciones se habia preparado un descanso para los augustos viajeros. A muy corta distancia de allí se levantaba un arco triunfal de bellas y severas formas, sobre el cual se leia esta lacónica cuanta expresiva inscripcion: *Cádiz á Su Reina*. Bajo este arco se situó el Excmo. Ayuntamiento con mazas y clarines.

Un poco mas adelante, y cerca del ángulo que forma el muelle, habia levantado el comercio de Cádiz un lindísimo kiosco, y en todo el resto de aquel hasta las puertas de la ciudad ondeaban flámulas graciosas sobre mástiles venecianos. El pavimento estaba cubierto de yerbas, y en toda la estension de los parapetos de las murallas se habian colocado numerosisimas astas con banderas españolas, enlazadas por guirnaldas de flores. Las mismas banderas tremolaban sobre todas las torres y sobre muchas azoteas de la ciudad, cubiertas de personas que ansiaban descubrir las primeras el vapor donde se desplegaba el estandarte real. El gentio, alli como en todas partes, era inmenso, porque no solo los habitantes de Cádiz habian abandonado sus casas, sino porque las poblaciones inmediatas daban todas su contigente para la celebra*cion de esta gran fiesta pública*.

En medio de la general ansiedad se divisó el vapor real, escoltado por otros muchos buques de guerra. En aquel punto los fuertes de la plaza hicieron salva, que repetida por los buques y acompañada por el murmullo gozoso del pueblo entero, fué anuncio de que SS. MM. iban á pisar muy pronto nuestro suelo. Al poner el pié aquellas en la escala, tres vivas inmensos, atronadores, espontáneos, corrieron de allí á toda la poblacion, y millares de millares de vivas poblaron los aires. El ayuntamiento, que habia pasado al pabellon, felicitó á SS. MM., y tomados los coches se puso en marcha la comitiva, ocupando á caballo uno y otro lado de la carretela real los Excmos. Sres. Presidente del consejo de ministros y Capitan General de Andalucía.

Entre nuevas y cada vez mas crecientes aclamaciones llegaron los augustos huéspuedes á la catedral, desde donde, y concluida la ceremonia religiosa, dieron vuelta á su palacio de la Aduana, preparado al efecto con tanta suntuosidad como buen gusto por la Excma. Diputacion provincial. Alli los esperaban ya las mismas corporaciones que los habian recibido en el muelle, y SS. MM., despues de haber recorrido una parte del edificio, dignándose mostrar su real agrado por la manera con que habia sido dispuesto, recibieron á la dicha diputacion y al ayuntamiento, señalando el inmediato dia para el besamanos general.

En tanto un numerosisimo gentio victoreaba á *su Reina debajo de las ventanas del palacio*. SS. MM. y AA., al oir aquellos gritos de entusiasmo y de amor, salieron al balcon principal, y al verlos, aquel entusiasmo rayó en frenesí. No apaciguado con esto el clamor, volvieron á presentarse repetidas veces, porque el pueblo no se cansaba nunca de ver, de admirar, de aplaudir á su Reina, á la excelsa nieta de aquella gloriosa Isabel que hizo tan grande á la España, á la que, dignísima rama de aquel tronco, ha sabido engrandecer hoy á su patria, haciéndola próspera en el interior y respetada de los extraños, á la siempre bondadosa y siempre clemente Isabel, en cuyos augustos labios se halla siempre una sonrisa de amor, y que al honrar á la Andalucía no ha querido que haya en ella lágrimas que esté en su mano enjugar, dando perdon y acogiendo bajo su manto á extraviados hijos, víctimas de la seduccion y del engaño. —«De todos soy madre, ha dicho, y todo lo olvido.» ¡Sublimes palabras de una Reina; palabras que bastarian á conquistarle el renombre de Grande con que pasará su memoria á los siglos!

Cádiz ansiaba conocer á su Reina. Modelo de lealtad en todos tiempos, saludaba en ella á la salvadora institucion del trono; pueblo culto, pueblo de corazon, se veia subyugado por aquellas afectuosas miradas, por aquella faz espansiva, franca, cordial y cariñosa de Isabel Segunda. Desde aquel punto su entusiasmo no conoció límites, y donde quiera que se ha presentado despues, el inmenso gentio que ha acudido á verla, á cerrarle materialmente el paso para *contemplarla, ha atronado los aires* con sus aclamaciones, aclamaciones cuyo mayor mérito consistia en la espontaneidad. No podia esto ocultarse á la alta penetracion de S. M., y desde que entró en Cádiz mandó que jamás la siguiese escolta alguna. Hizo bien, porque nuestro suelo no puede *sustentar traiciones, y porque si hubiera alguno que* abrigase por un momento una leve idea de traicion, no solo el pueblo entero le haria polvo entre sus brazos, sino que hasta la misma tierra se abriria para sepultarlo en su seno.

El besamanos que tuvo lugar al siguiente dia fué tan numeroso que las personas que han acompañado á SS. MM. en Andalucía afirmaron no haber visto otro igual en parte alguna de ella. Las damas de Cádiz presentaron en él un lucido contingente, que habria sido harto mayor á ser esta una poblacion donde recepciones de especie semejante pudieran tener lugar alguna vez. Bastaron sin embargo las damas que concurrieron para que S. M. pudiera formarse idea de la esplendidez y buen gusto de Cádiz.

En aquella noche misma se verificó en el Casino Gaditano el baile conque aquella galante sociedad celebraba tan fausto acaecimiento.

El local se habia adornado con exquisito gusto y riqueza. El primer salon estaba tapizado de damasco de seda, formando anchas listas blancas y verdes; en el segundo, las listas eran de color carmesí, alternadas de terciopelo y seda labrada; el tercero, de damasco amarillo, y el cuarto, de la misma tela azul; las cortinas todas del color de los fondos. El patio estaba cubierto por pabellones de gasas.

La marcha real y los innumerables vivas anunciaron á cosa de las once que SS. MM. se digna*ban honrar el baile, donde permanecieron algunas* horas tomando parte en él; y despues de haber pasado al elegante buffet, fueron despedidas las reales personas con iguales aclamaciones.

La concurrencia fué brillantisima cuanto numerosa. Grande la animacion y la alegría.

Tenemos que suspender aquí por falta de espacio esta reseña, que nos proponemos continuar en el próximo número.

FRANCISCO FLORES ARENAS

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE TAFETAN GRIS ROSADO, con salpicado de flores rosa. Lo bajo de la enagua está guarnecido con un volante encañonado de 12 centimetros de alto, sobre el cual corre un ancho escarolado de tafetan rosa fuerte. Gruesos botones de igual color guarnecen el delantero. Sobre cada paño se halla una especie de *raqueta*, cuyos contornos y mangos están formados por un escarolado de tafetan rosa. La mitad inferior de esta raqueta se adorna con un volante encañonado y liso. Este volante tiene 10 centimetros en su parte mas ancha, y vá disminuyendo al subir. Corpiño liso, abotonado, abierto en forma de corazon, guarnecido con un fichú formando solapa, orlado por un escarolado de tafetan rosa. Mangas anchas guarnecidas como la enagua, y con una sola raqueta puesta sobre el codo, cuyo mango sube hasta la sisa.

TRAGE DE POPELINA VERDE, guarnecido con un volante encañonado de tafetan del mismo color. En la espalda tiene un ancho lazo hecho con cordon grueso de seda verde, terminado por dos borlas. El trage tiene la forma *semi Gabriela*, esto es, plegado por detrás y liso por delante. Corpiño liso, montante, en forma de corazon. Al rededor del escote corre un cordon grueso, verde, igual al ya dicho, y en cada lado del delantero forma una ancha hoja de trébol, continuando hasta la altura de las faltriqueras, donde forma otro adorno igual terminado por dos borlas. Mangas anchas, guarnecidas con un volante encañonado; mangas inferiores blancas de muselina con puño alto.

Primera y segunda es nombre
de un rio que á España riega,
y es cosa que en lides se usa
la primera y la tercera.
De esta y de la quinta, se hacen
las redes con que se pesca,
siendo tercia con segunda
una mujer hechicera.
Un término hallas de música
si estas sílabas trastruecas,
y segunda tras la quinta
son enfermedad externa.
Cuarta y *tercia* es precipicio,
alumbra la quinta y tercia,
y á caballo como á pié
es de grande conveniencia
el comunísimo objeto
que cuarta con quinta expresan.
El todo, aunque humilde pueblo,
de la castellana tierra,
por cierto concepto es célebre
en España y fuera de ella.

ADVERTENCIA.

Los señores corresponsales de Ultramar se servirán *remitir á esta* Empresa nota comprensiva de las nuevas suscriciones que hayan de servirse en el próximo año de 1863, para evitar que los nuevos suscritores sufran algun retraso en el recibo de nuestro periódico. —Asimismo se servirán remitir las respectivas liquidaciones correspondientes al año actual.

Solucion del geroglifico anterior.

No hace la mano cuerda todo lo que dice la lengua.

A TODA PERSONA QUE ANTES DE SUSCRIBIRSE QUIERA CONOCER A FONDO LA PUBLICACION SE LE REMITIRÁ UN NÚMERO GRÁTIS.

Los pedidos se dirigirán al Administrador
D. FEDERICO JOLY Y VELASCO—CADIZ.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1862.—IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA.
Bomba n. 1.

© Biblioteca Nacional de España